

LA MÁSCARA DE ARTEMISA

Edgar Ávila Echazo

“La única manera de soportar la existencia, es la de aturdirse en la literatura como en una orgía permanente”. Esta famosa confesión de Flaubert me conmovió siempre porque, sin estar de acuerdo con eso de “soportar la existencia” del novelista, admiré su renuncia a casi todas las gratificaciones que aquella suele darnos para entregarse —con pasión monástica y endemoniada— a su absorbente vocación. Estaba pues conforme con hacer del trabajo creador “una orgía permanente”. Y debe ser porque jamás he podido entender a los escritores, y en especial a los poetas que dicen martirizarse hasta perder la razón cuando escriben. Esas teatrales congojas quizá las viven gentes hipersensibles y, sobre todo, sensibleras. Yo estoy con los que consideran a su oficio como un inagotable manantial de felicidad, de donde brota el don creativo.

Lo anterior se une a otra noción parecida de la literatura: la realidad es “real” según la vive el creador, según se apodera de las experiencias y, mediante el lenguaje, las trasmuta en otra realidad más significativa. Y aquí cabe recordar una anécdota de Balzac. Cuando se enclaustraba como un verdadero monje para escribir sus obras, se entreveraba él mismo en los sucesos que narraba y en la vida íntima de sus personajes, a medias reales, a medias imaginados. Tenía uno que otro momento de solaz mundano, en las ocasiones en que algún amigo le traía las noticias parisienses y los chismes que tanto le gustaban. Uno de ellos vino a visitarlo muy pesaroso por la muerte de una sobrina. Balzac, alma bendita, se apenó y trató de consolarlo. Pero luego, le dijo al amigo: “Todo eso es muy lamentable... pero, volvamos a la realidad: ¿sabías que el barón de Nucingen se casa...?” Nucingen, claro, era uno de los protagonistas de “La Comedia Humana”.

Lo que he anotado ilustra la concepción y la escritura de un hermoso libro: *La máscara de Artemisa*, de la poetisa, narradora y académica boliviana Georgette Canedo de Camacho (Summa Artis / Plural editores, La Paz, Bolivia, 2003). Yo no sé si Georgette escribe en el mismo estado de ánimo orgiástico de Flaubert, pero sí puedo afirmar que lo hace con febricitante alegría. Que es dichosa por entero en su oficio de servirse del lenguaje para expresar sus vivencias, tal como se evidencia en su memorioso relato. En *La máscara de Artemisa* es notorio ese disfrute de la imaginación que trasmuta la memoria, porque su misión es alcanzar la pervivencia de lo creado más profundamente que la realidad pasada.

Georgette ha logrado la recuperación de lejanas vivencias, lejanas sólo porque con el paso del tiempo toda experiencia se hunde en el subconsciente, se torna arena, barro, opaco canto del río de la memoria que el lenguaje rescata y transforma en elegías y narraciones que, luego, adquieren una existencia autónoma del hacedor, de la misma forma que ocurre con los hijos —por eso a nuestros poemas y novelas los consideramos justamente como hijos. Y esto es, precisamente, lo que ha hecho la autora de *La máscara de Artemisa*, además

de haber descubierto en ese misterioso registro de la memoria la diferencia con el escribir historia. Porque esta tarea está regida por una cosecha de variados testimonios, a los que es preciso arrancarles sus verdades temporales. En cambio, el relato se fundamenta en el comprender que una vida —toda vivencia subjetiva de realidades objetivas—, es un texto indeleble al que el lenguaje ilumina para que la verdad del arte se dé como donación.

Así, en muchas instancias del libro, por ejemplo en el capítulo 5, la memoria se torna en un espejo que redescubre la sensualidad, que al final del libro se muestra con su natural e inevitable poder erótico. El capítulo 7 revive una dolorosa experiencia —la del tío Tolomeo— que se expande con el hábito insostenible de lo trágico. Pero el carácter predominante de la escritura de Georgette es su apego a la descripción que enriquece a la realidad, o que otorga nuevos significados a lo vivido.

La máscara de Artemisa es asimismo pródiga en el reencuentro y en el diálogo que la autora establece con personajes de su infancia, los que personifican sentimientos y actitudes ante el mundo; esto es, modos de ser determinados por reglas de honor, bondad, comprensión, respeto a la persona humana, que le dieran un brillo singular a las relaciones sociales, hoy tan denostadas por la mala fe y el arrebato acomplejado. De entre esos personajes sobresale Artemisa-Leonarda, la abuela y mujer que encarnó todas esas virtudes y valores. Y tenía que ser así porque, como Artemisa, tanto en su hacienda como en la ciudad —Cochabamba—, fue no solamente la diosa de la naturaleza y de la luz, sino también la caza contra los impíos y traidores a un vivir dorado.

Otro de los méritos del libro es el discreto y conmovido describir de la naturaleza del Valle, teniendo en cuenta que esa visión de la realidad está hoy mal vista o arrinconada en el desván de un supuesto romanticismo anacrónico por quienes quieren ocultar su incapacidad en el oficio. ¿O será que los abrumados habitantes de nuestras ciudades ya no quieren, o no pueden, recordar que en el campo fueron más humanos, más fieles a sí mismos, más humildes por su reconocimiento de la pequeñez del ser? Y, tal vez, lo más aflictivo: que allá les brotaban del cuerpo y del alma sus facultades imaginativas, las que en las ciudades se han convertido muchas veces en remedos y supeditaciones del fácil y olvidable consumismo. Ya lo sabemos, ahora reina la invención de lo insustancial y lo mimético. Se está perdiendo eso que Santayana decía de la imaginación: “Genera tanto como abstrae; observa, combina y suprime; pero también sueña”.

Georgette de Camacho nos recuerda en *La máscara de Artemisa*, además, un concepto felizmente sólo a medias olvidado: *la imaginación es recrear*. ■

Edgar Ávila Echazo. Escritor y crítico literario boliviano, miembro de número de la Academia Boliviana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española.